

BUENOS AIRES

—
1 8 9 7

JUAN BAUTISTA ALBERDI

IMPRESA DE M. BIEDMA É HIJO

CALLE BOLÍVAR 535

La presente obra está sujeta a los derechos derivados de la Ley de Propiedad Intelectual. La FBVMC ha intentado localizar a sus titulares, herederos o causahabientes del autor, y a la editorial donde fue publicada, pero el resultado ha sido infructuoso. Si algún usuario de la BVMC tiene noticia de la existencia de los titulares de estos derechos, le rogamos que se ponga en contacto con nosotros para proceder a solicitar las correspondientes autorizaciones.

ALBERDI

(DEL DICCIONARIO BIOGRÁFICO ARGENTINO

POR

JOSÉ J. BIEDMA Y JOSÉ A. PILLADO)



J. M. Albendri.

PRODROMO

Al solicitar de los redactores del Diccionario Biográfico Argentino su consentimiento para hacer circular en el presente folleto la biografía de Juan Bautista Alberdi, un sentimiento reivindicatorio y de justicia me aconsejó.

Merece dos palabras explicatorias.

La memoria y personalidad de aquel distinguido jurisconsulto está en la actualidad rodeada de cierta aureola de respeto y admiración que le creó su talento innegable. Fué un hijo de esta tierra privilegiada que sobresalió por dotes intelectuales nada comunes, y esa circunstancia especialísima hace que la juventud estudiosa al mencionar los productos de su inteligencia lo tenga en el orden envidiable de los maestros, le adjudique las condiciones sobresalientes que al *magister* de naturaleza son propias y beba en las fuentes de elocuencia y saber que ha dejado en su larga carrera de publicista los conocimientos que han de autorizarla para poder exclamar en un porvenir no lejano: *yo sirvo!*

Pero esa juventud á que ha faltado tiempo para que se opere el completo desarrollo de la inteligencia y alum-

bre con sus vivaces fulgores el escenario nacional; esa juventud que aun no ha sentido el aguijón del egoismo desgarrando sus nobles é innatos sentimientos, que camina por la senda que más tarde hallará erizada de desazones sin experimentar hoy las asperezas, abroquelada en el predominio que el corazón ejerce sobre la cabeza; esa juventud, decía, si bien ha distinguido al escritor de imaginación poderosa y lógica, no siempre irresistible, no ha podido conocer y apreciar el cerebro productor en su verdadero estado psíquico porque la verdad histórica ha permanecido en parte velada por consideraciones y condescendencias que son injustificables cuando se trata de acciones producidas, de hechos que, siendo desconocidos, pueden influir en el proceso del robustecimiento del carácter de los futuros ciudadanos. Los jóvenes argentinos, á los que dedico este folleto, al recoger algunas doctrinas de Alberdi sino conocen su actuación como hombre público no están habilitados para poder despojarlas del rencor, del obcecamiento delictuoso que las ha dictado, y les sería difícil encontrar la causa generatriz que aconseja á un *compatriota* á poner en tela de juicio las dotes sobresalientes del humilde hijo de Yapeyú que libertó á cuatro naciones, que lo impele á hacer de San Martín y Belgrano personalidades secundarias al lado de Bolívar, Sucre, Córdoba y hasta de los Carrera!..... y que le aconseja un paralelo inaceptable entre el ilustre Moreno y Gaspar Francia, el neurótico tiranuelo del Paraguay.

Los redactores del Diccionario, con espíritu tranquilo y firme mano señalan una hora sombría de aquella exis-

tencia que fué fructífera mientras se mantuvo serena, pero, que, combatida en sus errores, tornóse en una tempestad; y con documentos que no admiten controversia prueban que aquel talento clarísimo fué oscurecido en sus últimos años por tendencias mezquinas, por pasiones inconfesables, por la aversión injusta que lo llevó al extremo de aconsejar la desmembración de la patria á Francisco Solano López, aquella hiena que á recibir las inspiraciones de Domicia Lépidá no hubiera sido más brutal en arruinar y exterminar á un pueblo viril; y al estereotipar su personalidad, al hacerla resaltar en el cuadro luminoso de la verdad señalan á la juventud un peligro desconocido, la precaven contra la influencia perniciosa de unas obras póstumas que, en bien del mismo Alberdi, jamás debieron publicarse.

Al editar nuevamente su biografía no me mueve, lo repito, más interés ni deseo que facilitar sea conocida, por medio del estudio histórico de la personalidad, la causa impulsiva de ciertos escritos de Alberdi llamados á extraviar el juicio y el sentimiento de la juventud argentina que, sin la noticia exacta de aquella, bebe el tósigo sin sospechar su existencia.

Juan J. Biedma Strauf

ALBERDI

Nació Juan Bautista Alberdi, distinguido jurisconsulto y publicista en la ciudad de San Miguel del Tucumán el 29 de Agosto de 1810, siendo sus padres don Salvador Alberdi, comerciante, de origen español, y doña Josefa Araoz, de una familia patricia, natural de aquella provincia. Cursó sus primeros estudios en las modestas escuelas de su provincia natal hasta que, colocado bajo la protección directa del general Heredia, obtuvo una beca en el colegio de ciencias morales, establecido en Buenos Aires, y á cuya ciudad se trasladó en 1825. Pero la vocación al estudio no era por entonces muy intensa en el jóven Alberdi, causa la mas probable que le hiciera abandonar poco despues las aulas y dedicarse al trabajo entrando de dependiente en la tienda de un señor Maltés. Contrajo por aquel tiempo amistad íntima con el jóven Miguel Cané, distinguido ciudadano despues, y no es difícil que el ejemplo de éste, influyendo en su espíritu, le decidiera á reaccionar y recoger los olvidados libros. Por interme-

dio del Dr. Florencio Varela obtuvo la beca y volvió al colegio á continuar sus estudios, resolución feliz para las letras que ha honrado con su clarísimo talento y brillante pluma. Permaneció en él hasta su clausura por disposición del gobierno en Septiembre de 1830 y al año siguiente emprendió un viage á su provincia que le permitió estrechar relaciones con el gobernador Heredia por intermedio de su hermano, Felipe Alberdi, secretario de este gobernante, aprovechándolas noblemente para obtener la vida y libertad de algunos prisioneros comprometidos en la revolución que encabezaron los señores Helguera y Lopez y que aquel conservaba encarcelados.

Vuelto á Buenos Aires á proseguir sus estudios, dió á la publicidad sus primeros trabajos, dos pequeños folletos, titulados: «*El espíritu de la música á la capacidad de todo el mundo*» y «*Ensayo sobre un método nuevo para aprender á tocar el piano con la mayor facilidad.*» (1)

(1) Este opúsculo fué distribuido por su autor á las personas más notables del país, entre ellas al doctor Vicente Lopez y Planes y á don Bernardino Rivadavia. La carta de remisión al primero, decía:

«Señor:

«Yo pienso hacer una revolución en el modo de enseñar la música, llevado, no de aquel espíritu que mueve á los díscolos, sino del que le llevó á Vd. á la revolución del año diez, es decir, á una reforma saludable.»

«Si el ilustre revolucionario del año diez, se digna pues reprobar mi designio, no habrá hecho mas que alargar la cadena de sus bienes, hechos á la Pátria y á la humanidad, sacando á un pobre necio de su horror. Mas si logro la dicha de obtener su aprobación, diré necesariamente que mi causa es la suya, es decir, la de la justicia.»

«La poca circunspección y decoro de esta carta, le probará á usted, señor, mejor que nada, hasta que punto estoy persuadido de la vondad y grandeza de su alma.

J. B. Alberdi.»

La carta contestación de Rivadavia la hizo publicar el Dr. Alberdi

Una de las muchas cualidades brillantes que le adornaban era su inclinación á la música, á cuyo estudio se dedicó afanosamente obteniendo arrancarle seductores secretos con arte y esquisito gusto, llegando á ser distinguido pianista.

A estas publicaciones siguieron otras que empezaron á dar á su nombre cierta popularidad y prestigio entre los jóvenes de su tiempo, presagiando algunas de ellas al pensador profundo y escritor erudito que hemos conocido. A la «*Memoria descriptiva de Tucumán,*» su provincia natal, para cuya publicación reunió á datos recogidos en su último viage los recuerdos de una placida niñez, siguió la «*Contestación al voto de América*» en que refutaba las ideas de Rivera Indarte respecto de la política á seguir para con la madre pátria, y muy particularmente su «*Fragmento preliminar al estudio del derecho,*» en que, estudiando la antigua legislación, avanzaba teorías nuevas tendentes á producir en ella una notable reforma, halagando, de paso, con el zahumerio de sus benévolas apreciaciones el gobierno de Rozas, cuya silueta empezaba á destacarse con contornos sombríos, lo que le mereció ataques formidables entre mu-

en *El Nacional* de Buenos Aires en 1881. En ella deploraba el eminente estadista «no hallarse en París para consultar la obra con profesores competentes», lo que, sin mayores antecedentes, hizo caer á los panegiristas de Alberdí en el gracioso error de creer que se trataba de un trabajo referente á ciencias políticas ó sociales ó á obras de interés público, no faltando quienes aseguraran que era un proyecto de habilitación del puerto de la ensenada de Barragán ó un plan de organización de la república. Así las cosas, apareció en *La Nación* un artículo del general Mitre poniéndolas en su lugar con los antecedentes explicativos netamente establecidos.

chos otros del jóven Andrés Lamas, que tanto se distinguió en su lucha contra el tirano. (1)

Iniciado el pensamiento de la «asociación de Mayo» fué el jóven Alberdi uno de los que más trabajaron por su realización y mereció con este fin la confianza de Echeverría, su fundador, así como para la apertura del «Salón literario», debido á don Márcos Sastre, y en cuyo acto tomó participación directa pronunciando un discurso en que estudiaba el génesis de nuestra revolución, esplicando sus causas y efectos á la luz de la historia y la filosofía.

Por este tiempo redactaba *La moda*, periódico á que acompañaba un boletín melográfico en que colaboraban jóvenes distinguidos en el arte musical, y ayudaba la publicación de *El Iniciador* de Montevideo con escritos que remitía desde Buenos Aires.

Hácia 1838 Alberdi pasó á Montevideo.

¿Qué causa le empujaba á abandonar las playas de la pátria, el teatro de sus triunfos? No fueron las persecuciones del tirano, que no sufrió, como él lo ha confesado. Le arrastró á tierra extranjera el ódio á su gobierno, cuando ese gobierno se encarnaba en la personalidad de Juan Manuel de Rozas; así lo dijo entonces y lo repitió despues en un folleto *Palabras de un ausente* publicado en París en 1874. Fué en Montevideo donde empezó á figurar como opositor al gobierno de fuerza

(1) Como Alberdi presentára á Rozas en este trabajo como el *Gé-
nio Americano*, Lamas contestó en Julio de 1837, en un folleto de ocho
páginas con el título de *Impugnación á la obra del señor Alberdi*, que
es una valiente réplica muy poco conocida.

establecido en la república; allí donde aún tenía adversarios que no olvidaban las injustificables apreciaciones emitidas en el *Fragmento preliminar al estudio del derecho*, á favor del gobernante á que ahora iba á combatir.

Se alió, sin embargo, con ellos contra el tirano y comenzó su campaña en *El Iniciador*, *El Grito Argentino* y *El Nacional*, hasta que, fundada *La Revista del Plata*, fijó en ella su bandera de guerra á la tiranía: « Emigrados espontáneamente, decía en su programa, sin « ofensas, sin ódios, sin motivos personales, nada mas « que por ódio á la tiranía como millares de argentinos « hubiesen venido tambien si lo hubiesen podido efectuar, « nuestras palabras jamás tendrán por resorte motivo « ninguno personal. »

El general Lavalle, que preparaba en aquella ciudad su famosa expedición libertadora, le nombró secretario en campaña. No le acompañó sin embargo porque, á mas de alguna otra razón privada que pudiera tener y que no conocemos, discutía, como muchos otros, con el general en jefe respecto del plan de campaña á seguir, pensando Alberdi que la invasión debía dirigirse á la capital de la provincia de Buenos Aires y nó al Norte, como lo dispuso aquel benemérito cuanto infortunado caudillo. Con tal motivo dirigió á Lavalle las siguientes *Consideraciones acerca de las ventajas de un golpe sobre la capital*, que ha publicado el doctor Ángel J. Carranza en una de las innumerables obras con que su infatigable celo patriótico ha ilustrado la historia contemporánea argentina, y cuyo original, perteneciente al

archivo de aquel, tenemos á la vista: «Primera: Me creo dispensado de probar la competencia de las capitales de Nación para iniciar todos los grandes cambios. Para las revoluciones como para las mejoras, las Capitales disfrutan sin duda de la iniciativa casi exclusivamente. Buenos Aires no es una excepción de esta regla: recuérdese Mayo, Diciembre y todos los grandes movimientos revolucionarios ejecutados en el pueblo de Buenos Aires, antes y despues de 1810: siempre han cambiado la fáz de la República.»

«Segunda: Si el general Lavalle considera sus fines y sus medios, fácilmente notará que por la naturaleza de ámbos, la capital es preferible.»

«Tercera: Los fines son la libertad, la dignidad, la regeneración del país. En ninguna parte es conocida la importancia de estas cosas, sentida su necesidad, deseada en consecuencia, como en la Capital.»

«Cuarta: Los medios son, la cooperación oriental, la cooperación francesa, es decir, dos cooperaciones extranjeras y una emigración clasificada por partidaria de un sistema que ha sido perseguido en toda la República, menos en la Capital, las masas más civilizadas del pueblo.

«Quinta: Es en el pueblo y nó en la campaña ni las provincias donde el estrangerismo goza de más simpatías. Las masas campesinas y provinciales no transan jamás con lo que es extranjero: su patriotismo es puramente local, y consiste en el ódio á lo que no es del suelo nacional.

«Sexta: Ya la campaña ha sometido dos veces el

pueblo: si hoy se sirve de ella para someterle una tercera vez, se completará la opinión de que ella es la señora del pueblo: el peor y más funesto convencimiento en que pudiera caer.

«Séptima: Es menester no perder jamás de vista que el pueblo representa mejor el principio progresivo, y la campaña el principio estacionario. Cada vez, pues, que sea menester procurar una victoria al primero, se debe dar la iniciativa al pueblo.

«Octava: Digo la iniciativa y nó toda la obra; pues que la campaña, donde sin duda existe el mayor poder de la provincia, no debe ser desatendida un instante.»

«Novena: Podemos decir que el movimiento que viene es la reacción del movimiento del año 28. En aquel tiempo, la campaña y sus ideas sometieron al pueblo. Hoy el pueblo y sus ideas deben someter la campaña.»

«Décima: Léjos de mí toda mira que tienda á anarquizar la campaña y el pueblo. Se trata de preferencia nó de exclusión; de iniciativa, nó de consumación.»

«Décima primera: El foco de la influencia y del poder del general Lavalle está en el pueblo; es donde se le conoce y ama íntimamente; donde no se expondría á una defección.

«Décima segunda: Repárese el origen de las dos emigraciones argentinas; las dos han nacido de dos golpes de la campaña sobre la capital—en 1828 y 1833. Se compone toda de hombres del pueblo perseguidos por hombres del campo. No es pues el campo que los ha batido, el teatro adecuado de sus primeros movimientos revolucionarios.

«Décima tercera: Los más de los emigrados argen-

tinios ni son hombres del campo, ni conocen á los hombres del campo, ni sus usos, ni su táctica, ni sus gustos actuales.

«Décima cuarta: El general Lavalle no podría jamás suceder á Rozas en su rol de 1828 y 1833. Son dos entidades distintas que no podrían reemplazarse jamás: difieren por educación, por principios, por antecedentes.

«Décima quinta: El general Lavalle nunca será el hombre de los gauchos. Necesitaría para ello de vicios, de hábitos, de cualidades, de condiciones de carácter que no tiene absolutamente.

«Décima sexta: Será siempre el hombre del arte, del proceder regular, de la civilización, de los principios adelantados y libres. Su mayor poder estará pues siempre donde el arte, las ideas y la civilización han adquirido un progreso mayor, es decir en el pueblo.

«Décima séptima: Dado el primer golpe y obtenida la primera victoria por los medios, los hombres, los procedimientos más civilizados, es decir, en el pueblo, se dejaría deslucido el orgullo de los hombres y los procedimientos atrasados del campo: se rehabilitaría el prestigio de la civilización, y el crédito del arte militar con todo su poder.

«Décima octava: Rozas estima hoy más el pueblo que la campaña. Arrojado del pueblo se le perturbaban sus relaciones exteriores todas: sus negociaciones con el gabinete francés, con los ingleses, con los norte-americanos, con el Estado Oriental, con Chile, con todos los pueblos interiores; quedaban todas interrumpidas, y él desorientado de todo.

«Décima novena: El sistema administrativo es una

máquina cuyo poder equivale á un ejército. Este poder se le quitaba de un golpe. Correspondencias, órdenes, empleados, conductos, todo lo perdía con la capital.

«Vigésima: La renta dejaba de ser suya en el acto, y entraba al servicio de la revolución.

«Vigésima primera: Sería operación de seis horas la de poner 4.000 hombres sobre las armas.

«Vigésima segunda: En el pueblo habrá como seis mil caballos. Un día bastaría para crear un escuadrón. Con un escuadrón, al día siguiente se tienen dos más en los partidos inmediatos al pueblo.

«Vigésima tercera: La campaña no haría resistencia. ¿A qué fin? de prolongar su opresión? de tomar el pueblo para que quedase otra vez bloqueado y miserable?

«Vigésima cuarta: Yá Rozas no es el hombre de 1828 ni 1833. En aquellas dos épocas las masas esperaban de él, porque todavía no las había engañado. Hoy ¿qué tienen que esperar de él? Yá lo conocen: yá saben todo lo que podría dar.

«Vigésima quinta: Todos saben que la revolución busca un apoyo para ver la luz. ¿Dónde este apoyo podría ser creado con más poder y en ménos tiempo que en el pueblo? Allí están 800 franceses domiciliados que se reunirían armados á una señal: estos, y mil más que desembarcasen, y 300 á 400 nuestros que fuesen de aquí, y los que pudiesen estar prevenidos allí, presentaban de golpe un apoyo más que suficiente para el primer instante de la insurrección.

«Vigésima sexta: Detenerse en la consideración de que se emplean franceses, puede sucedernos á nosotros aquí

donde estamos holgados, pero nó en Buenos Aires donde se está en el fango y se desea salir hasta *por la pata del diablo*, como dice Obes.

«Vigésima séptima: El general Lavalle, sin detenerse en las preocupaciones contra el estrangerismo, debe procurar la alianza de todos los elementos de civilización, sean de donde fueren.

«Vigésima octava: El no será fuerte en su país por las masas ignorantes sinó por las masas ilustradas; y para que las masas ilustradas del país sean más fuertes que las ignorantes, es menester que busquen conexiones con los elementos ilustrados de fuera. Solo por este medio la minoría ilustrada del país llegará á subordinar á la mayoría semi-bárbara coligándose con la civilización exterior.

«Es el único recurso de salvación por ahora para nuestras repúblicas de sud-américa. El sistema exterior del país tiené toda la importancia: de él dependen todos nuestros progresos, que al revés de los progresos europeos, deben operarse de la superficie al fondo, de la periferia al centro. Debe pues atraerse toda influencia civilizante. De aquí la conveniencia de estrecharse con la Francia é introducirla en la consideración del país.

«Vigésima novena: Este plan reúne á las ventajas que quedan indicadas, la de la celeridad: condición que debe ponerse ante todas en el momento á que han llegado las cosas. La celeridad además no deja pensar para decidirse:

«Trigésima: Para que una revolución nazca, se desenvuelva y triunfe en la campaña, se necesitan cuando ménos cuatro meses. Para entonces bien podría haber

concluido la cuestión francesa y quedado Rozas en el pueblo rodeado de recursos: en tal caso la restauración de la campaña le seria obra de un día.

«Trigésima primera: Trescientos hombres pasados de aquí á nuestra campaña, bien podían ser destruidos antes de haber hecho una gran reunión. Dos mil hombres puestos en la capital, dos mil asociados á estos sobre la marcha, dos mil más comprometidos en el día, yá presentan más garantías de permanencia y de suceso.

«Trigésima segunda: La revolución debe contar en gran parte con el elemento de la fascinación: este elemento no puede emplearse en ningún punto con mayor efecto que en la capital.

«Trigésima tercera: Un movimiento comenzado en la campaña, invertiria tiempo, dejaria lugar á la reflexión; la reflexión produciria la indecisión; la indecisión, la inercia. Para sublevar la campaña hasta cercar la ciudad, muchas batallas y muchos meses se habrían invertido. Y en tanto que esto se pasaba, Rozas habria hecho del pueblo un castillo; habria organizado por el terror un plan de defensa por el cual vendria á costar la toma del pueblo dos ó tres mil cabezas. Hoy no hay preparación, y la operación es fácil.

Trigésima cuarta: Hoy no solamente no convendria seguir á Rivera en su campaña (de defensa ó de invasión), sinó el practicarle seria tal vez el colmo de la impolítica. La política manda hoy, sinó batir, al ménos retirarse de Rivera. La rehabilitación de su crédito, es yá imposible en todas partes, aunque no lo sea en esta campaña. En Buenos Aires y en todo el litoral, su cré-

dito de ahora cinco meses, se ha convertido en ódio é ignominia. Don Frutos basta hoy para perder la cuestión argentina. . . .»

No seremos nosotros los que condenemos *ex-cátedra* al infortunado general Lavalle por no haber tenido en cuenta esas consideraciones, cuyas teorías y apreciaciones respecto del valor de las *ciudades* y de las *campañas* había de desconocer después en absoluto su autor cuando juzgaba las de Sarmiento, emitidas en el «Facundo», nó con el criterio desapasionado del crítico consciente sinó movida su pluma por las nerviosidades de su profundo ódio personal; pues es muy distinta cosa dictar planes de campaña en el bufete, contando con elementos ó circunstancias ilusorias ó equívocas, que ejecutarlos en el terreno y asumiendo la responsabilidad de una empresa cuyo fracaso puede producir gravísimas, irreparables consecuencias, recayendo aquella nó en el que aconsejó sinó en el que acogió y practicó el consejo. Empero, ante los resultados de la retirada de Lavalle, pudo él, como otros varios, pensar y decir que distinto hubiera sido el éxito de la empresa á haberlos escuchado. . . .

Desde entonces se dedicó de nuevo á los libros que tiempo hacia tenia abandonados y preparado convenientemente rindió exámen para graduarse, como lo obtuvo, doctor en jurisprudencia. A partir de este momento, sin dejar de escribir de tarde en tarde, ya en «El Corsario», ya en el periódico de caricaturas titulado «Muera Rosas», ya en «El Talisman», se contrajo á sus intereses particulares consiguiendo formar su clientela al poco tiempo de abiertas las puertas de su estudio.

Pero la suerte de las armas fué adversa á la causa de la libertad y destruidos los ejércitos libertadores de la república Argentina, los vencedores vadearon el Uruguay y fueron á plantar sus tiendas de campaña en los suburbios de Montevideo, abocando sus cañones á las puertas de la ciudad. Todos sus habitantes, y nó los últimos los argentinos emigrados, tomaron las armas y corrieron á ocupar su puesto de pelea formando con sus pechos generosos, y más fuerte que de piedra, el recinto amurallado de la ciudad embestida. Alberdi permaneció unos días en la plaza sitiada y antes de tocar, como dice uno de sus biógrafos, «el inconveniente de la falta de recursos en un país extraño», atento más que á su propia gloria á sus intereses particulares, abandonó el puesto del deber cívico, emprendiendo viaje á Europa. Tan presurosa retirada en aquellos solemnes momentos es, á nuestro juicio, imperdonable deserción (1) que no jústifica el pretexto aducido si no la agrava.

Montevideo no era entonces, no podia considerarse «país extraño» á los argentinos que huyendo de la cuchilla del tirano hallaban en sus hogares fraternal acogida, como los

(1) Mucho después de escrito este artículo biográfico hemos conocido una carta de Sarmiento á Alberdi (1852) de la que copiamos estos párrafos: «En la prensa y en la guerra, Vd. sabe en qué filas se me « ha de encontrar siempre, y hace bien en llamarme el amigo de Bue- « ños Aires, á mi que apenas conocí sus calles, Vd. que se crió allí, « fué educado en sus escuelas, y vivió relacionado con toda la ju- « ventud.

«Háblele de prensa y de guerra porque las palabras que se lanzan « en la primera se hacen redondas al cruzar la atmósfera y las reciben « en los campos de batalla otros que los que las dijeron. Y Vd. sa- « bé, según consta de los registros del sitio de Montevideo, quien fué « el primer desertor argentino de las murallas de defensa al acercarse « Oribe...»

argentinos emigrados no eran extranjeros en Montevideo pagándole con su preciosa sangre la generosa hospitalidad. Y si así debiera considerarse aquel suelo amigo, aquel pueblo hermano en tan extraordinarias circunstancias ¿no lo era también la Europa, no lo era Chile, á los que Alberdi demandaba refugio? Hay que aceptar que otras razones que la invocada le aconsejaron separarse de sus compañeros de causa en la hora suprema del peligro.

Un año permaneció en Europa, que le fué muy provechoso por los notables conocimientos jurídicos que adquirió, y de regreso á América, tocó en el Brasil, de donde se dirigió á Chile doblando el cabo de Hornos. En ambas travesías escribió dos poemas, «*El Eden*» primero, y «*Tobias ó la cárcel á la vela*», en la última.

Establecióse en Valparaiso y poco después se matriculaba en el foro de aquella república, escribiendo con tal fin su «*Memoria sobre la conveniencia y objeto de un congreso general americano*», que le fué combatida por Sarmiento pero que le propició el aplauso de notables hombres públicos de América.

Ejerció con gran crédito durante muchos años su profesión de abogado publicando entre otras «*Ejecuciones y quiebras en Chile*» y «*La magistratura y sus atribuciones*», obras que contribuyeron á confirmar su reputación. Fundó también el diario «*El Comercio*.»

Caido Rozas en 1852 fué Alberdi nombrado encargado de negocios de la república en Chile pero no lo aceptó. Meses antes había publicado sus «*Bases y puntos de partida para la organización política de la re-*

pública Argentina», obra que ha sido considerada por unos como un tratado completo de derecho público americano y merecido entusiastas encomios de publicistas americanos y extranjeros; y por otros como careciendo de la ciencia y conciencia de las instituciones libres, faltando á su autor las nociones más elementales que constituyen la médula de los buenos libros en que se expone y aplica la teoría y la práctica del gobierno y de la organización constitucional en una república federal.

En 1854 fué designado por el gobierno del Paraná para ocupar en Francia é Inglaterra el puesto que había renunciado en Chile. A desempeñarlo partió desde Valparaiso, donde aún residía, por la vía de Panamá, para visitar de paso los Estados-Unidos. Poco después se le acreditaba ante este gobierno y el de España.

En 1856 fué elevado á la categoría de ministro plenipotenciario en las cortes de Paris, Lóndres, Roma y Madrid, puesto de que fué exonerado en abril de 1862 por el gobierno que reemplazó al de Don Santiago Derqui, cayendo envuelto en una medida de carácter general.

Dos años ántes había dimitido dicho cargo, con motivo de la terminación del mandato del general Urquiza, elevando al propio tiempo una memoria de todos los trabajos de su misión durante cinco años, de la que sacamos los datos que siguen; pero no siéndole aceptada continuó al frente de ella.

Su misión en Europa tenia por único objeto combatir la política del entonces estado de Buenos Aires en aquellos gabinetes.

No teniendo credenciales para el gobierno de los

Estados-Unidos consiguió al favor de medios privados ser admitido á varias conferencias por el presidente Pierce, el ministro de negocios extranjeros y ministro de Inglaterra en Washington, consiguiendo inclinar la política de aquella poderosa nación en favor de la confederación.

Pasó á Inglaterra y obtuvo la seguridad de que el gobierno de S. M. B. solo mantendría relaciones diplomáticas con el de la confederación. Consiguió en parte del gobierno francés la modificación de su política en el Plata poniéndola de acuerdo con la de Inglaterra ménos en el retiro del Sr. Balcarce, que insinuó, en su carácter de encargado de negocios de Buenos Aires.

Acogida cordial dispensóle el papa Pio IX á quien representó en un *memorandum* como una necesidad de la situación religiosa del país argentino el nombramiento de los obispos para las diócesis vacantes de la confederación y la desmembración del obispado de Buenos Aires, pretensiones á que accedió aquel pero que no pudieron ser provistas inmediatamente por dificultades que no le fué posible allanar por falta de plenos poderes.

A principios de 1857 se trasladó á España con el objeto de negociar el reconocimiento de la independencia de la república por la madre pátria, firmando el tratado de abril de aquel año, después de vencidas algunas dificultades. Este tratado fué desaprobado por el gobierno de la confederación por oponerse á las instrucciones dadas á Alberdi, en sus artículos 4º y 8º que admitían como deuda de la tesorería nacional la antigua del tesoro de nuestras provincias, antes españolas, y la nacionalidad española á los hijos de españoles nacidos en el

Paris, 28 de junio 1868.

Al señor Cap. Don Gregorio Idarte, 2.º

Mi querido amigo y amigo,
Con motivo del expreso que
Vd. va despatchar hacia el Porvenir
permítame recordarle mi deseo
de que Vd. haga conocer del
señor Ureña al señor Lapen mis tra-
bajos de prensa sobre esta que-
ren del Plata, y también
que me ha conducido en ellos.

Lo sospecho que si no conoce
bien ni lo uno ni lo otro,
si le da usted al principio el
título de mi Carta impresa,
que le mando Vd. con el
señor titulada: Los dos
pueros del Plata y su filiation.

Creo que si le colapsa, (si
mal no recuerdo lo que Vd.
me ha dicho) como una mi-
ra de defensa de mi persona.
Ciertamente, que tenía razón
en calificarme así: no es otra

Como cuando me defendía.

Pero ¿por qué escribir en
defensa? - Esto es lo que me
que él lo sabe, como lo sabe
usted - Porque al representante
del Paraguay (entonces el
señor Barrios) - ¿cómo estaba
defendiendo de los golpes,
que yo estaba recibiendo desde
tres años por mis escritos fa-
vorables a la verdad que pri-
vileja al Paraguay no lo hizo
ni una sola vez. Luego de
eso, el Sr. Loba cuando era
el señor Espillo, me hizo un
cumplimiento por la prensa, y
el señor Barrios se apres-
uró a escribirme que no be-
fiteara tales elogios porque
a mí no me gustaban. Por
ello dos lo sé. - Cuando vi
cuando tres años de debate,
yo recibí con ataques que
quedaron sin respuesta, ¿qué

el señor Pizarro, reputado
en el público como el pro-
motor de una escrita á-
nomina, no recibes jamas
que ya sepa el menor. Si-
tuas de los periódicos de D.
y del Brasil y creí tener
entonces el derecho de
sospechar de la veracidad
del señor Pizarro por
conuigo. Entonces y por
esa causa tomé á mi car-
go la tarea ridícula de
defenderme á mi mismo
en la mencionada Corte, me
afijé en seguida del señor
Pizarro.

Me interesé con el
señor Mariscal López con
todo esto por el intermedio de
ud. Cuáles tiempos in medietate
de todo ello.

Mi interés en esto co-
mo en una escrita, no es per-
sonal ni privado. Se refiere
valed todo á la política

verdadera de nuestros días, por
 lo ya en consecuencia, mi-
 tuas y solidarias. Tenga usted
 la bondad de repetirle lo que
 tantas veces he dicho a Ud. y
 al señor Izquierdo: -yo no
 quiero ni expensar del venenoso
 social Loper empleos públicos,
 ni dinero, ni condecoraciones,
 ni suscripciones de libros. Todo
 lo que yo quisiera, me lo he dado
 ya en parte, es hacer pedida
 con su grande y heroica
 resistencia al orden de cosas
 que formaba la ruina de mi
 propio país; y para lo vendría
 todo lo que quisiera de él, y que
 abraza una política tendiente
 a buscar en una faja estrecha
 con el mundo, el ideal de cosas
 que representan los verdaderos
 intereses, excentivos, la represi-
 ón y por tanto la explotación
 de los dos países, contra los
 ambiciones tradicionales del
 Brasil y de sus hijos, y
 parte de los países vecinos.

esta carta la escribo a Ud. y al Sr. Izquierdo.

Plata y la argentina á los de estos nacidos en España. En consecuencia llevó á cabo un nuevo tratado que firmó en Madrid en 1859 dejando satisfechas las exigencias y susceptibilidades que se habían suscitado en este asunto, de que se le hizo severo cargo acusándosele de haber dado la espalda á los intereses y derechos de la patria con concesiones inaceptables é injustificables en manera alguna.

Producida la caída del gobierno del Paraná á consecuencia del triunfo de Buenos Aires en Pavón, Alberdi, como dijimos, fué destituido de su alto cargo por el nuevo gobierno que mal podía mantenerle en un puesto en que le había hecho cruda y constante guerra. Esta destitución, que se imponía, retempló su malquerencia á Buenos Aires y sus hombres. Las disensiones políticas de las repúblicas del Plata dieron oportunidad á su estallido tremendo, injustificable, incomprensible en un hombre de su talla, de su talento. Declarada la guerra con el Paraguay, Alberdi, que estudiando la política de esta república había reconocido que su régimen constitucional era «egoísta, escandaloso, bárbaro, de funesto ejemplo y de ningún provecho á la causa del progreso y cultura de su pueblo y que, lejos de imitación, merecía la hostilidad de todos los gobiernos patriotas de la América del sur», y esto antes de llegar á los extremos de su atrocidad, se embanderó decididamente en la causa de los enemigos de su patria y puso á su servicio la ayuda poderosa de su brillante inteligencia. Echó sobre sus hombros la difícil cuanto antipática tarea de justificar ante el mundo, denigrando la patria propia, la

actitud guerrera de Francisco Solano López, el más bárbaro de los tiranos de América.

Vejó en el extranjero la dignidad de la república desvirtuando su causa, persiguiendo su descrédito; calumnió á sus hombres de gobierno suponiéndoles tendencias inconfesables; trabajó constantemente por desprestigiar la guerra ante la Europa entera atribuyéndole calculadamente fines de conquista y de opresión cuando si algo llevaban los argentinos en sus bayonetas eran los eternos principios de justicia y libertad que han precedido siempre á sus legiones; pintando á los gobiernos aliados complotados para destruir la nacionalidad paraguaya desmembrar su territorio y repartírselo como botin de la victoria. Y á medida que rebajaba en el concepto de Europa la patria en que se meció su cuna, enaltecía al tirano paraguayo, asesino de su pueblo, que mucho debió agradecerle su incomprensible adhesión, llevada á extremo tal que llegó en su prédica insensata á dar la voz de alarma á los estados del Pacífico, particularmente á Chile, insinuándoles que del triunfo de las armas aliadas resultaría comprometida su integridad territorial por la preponderancia que debía dar este al imperio del Brasil.

Su actitud en la cuestión paraguaya pretendiendo justificar con la autoridad de su palabra al bárbaro dictador que sacrificó á sus instintos salvajes aquel pueblo digno de mejor suerte; que en su sed de sangre llegó á fusilar á sus propios hermanos, horrorizando con sus crueldades á los mismos verdugos de que se valía, hirió profundamente el sentimiento cívico de los argentinos que rechaza-

ron indignados los ataques del desleal compatriota que cosechó, como único fruto, el ódio de muchos y el desprecio de los más, cayendo su palabra en el vacío cuando pretendió vindicarse en el folleto «*Las dos guerras del Plata y su filiación en 1867*» buscando, tal vez, la consideración perdida que no volverá á rodear su nombre (1).

No es sin profunda pena que recordamos esta página sombría de la vida de Alberdi, que quisiéramos arrancar para arrojarla al eterno olvido sino por él en honor, al ménos, de la dignidad argentina ultrajada tan torpemente, pero nuestro deber nos impone sacrificar á la verdad histórica hasta nuestros más íntimos sentimientos.

Sublevaremos con nuestra leal franqueza pasiones mal comprimidas ó nó extinguidas aún, levantaremos odios y protestas engeguedas, pero hablamos inspirados por la pasión de la patria, única que nos domina. Nuestras opiniones y sentimientos al respecto han sido enérgicamente declarados más de una vez. En la biografía del coronel Lugones dijimos: «Durante la guerra del Paraguay, por ejemplo, estallaron injustificables asonadas y revueltas en algunas provincias argentinas. El gobierno nacional tuvo que distraer fuerzas del ejército que se batía por el honor de la república en país extranjero para reprimir á los criminales que daban la espalda á los más altos y sagrados deberes del patriotismo lanzándose á una lucha fratricida vergonzosa en momentos tan supremos. Ellos merecen la eterna condenación de los

(1) En el colegio electoral de 1868 para elegir presidente y vice de la república el doctor Melquiades Salvá, por Santa-Fé, votó por Alberdi para el segundo cargo. Fué el único.

buenos, el castigo que dá la patria á los que la traicionan; pero, nosotros, sus contemporáneos, débiles ó cobardes, no hemos sabido ó no hemos querido aplicarles el condigno escarmiento. Muchos de ellos se han sentado después en nuestros congresos, han gobernado nuestras provincias, han obtenido las palmas con que se premia á los soldados leales. . . . La historia, empero, les reserva su fallo (1)».

La prueba tremenda de la acusación de TRAIIDOR Á LA PATRIA hecha á Alberdi, la publicó el estadista Sarmiento en *El Censor* el 12 de Enero de 1886, acompañándola con la siguiente carta: «Sírvasc dar lugar preferente en sus columnas á la carta del traidor Juan Bautista Alberdi, cuyo original estará desde la publicación de su diario en la oficina de *El Censor* para satisfacción de los curiosos.

«El padre del capitán Sarmiento, inmolado en Curupaytí, recibió en Buenos Aires al doctor Alberdi con las deferencias que un ministro de gobierno debe á sus adversarios personales. En prueba de su satisfacción me visitó en mi casa particular tres veces.

«Pero se trata ahora de suscitar ódios contra Buenos Aires y recordé que Alberdi fué el último mohicano chasqueado del odio.

«Los que quisieran suscitarlo contra mí lo hacen hablar desde la tumba.

«Contéstoles con las palabras textuales de Alberdi, aliado de López del Paraguay contra Buenos Aires. Para

(1) Lugones por José Juan Biedma—Buenos Aires—1896.

ahorrarme molestia inserto sin traducir el artículo de la constitución norte-americana definiendo la traición: *Treason against the United States, shall consist only in levying war against them, or in adhering to their enemies giving them aid and comfort* (1).

«Que esta réplica ponga fin á la querrela. D. F. SARMIENTO.»

Y á hacernos éco de la palabra vibrante de Sarmiento nos autoriza este párrafo, de la carta que autógrafa ofrecemos al pueblo argentino copiada del original que posee y ha puesto á nuestra disposición el señor Augusto Belin Sarmiento, nieto del ilustre estadista: «Tenga Vd. «la bondad de repetirle lo que tantas veces he dicho á «Vd. y al señor Bareiro: yo no quiero ni espero del «señor mariscal López empleos públicos, ni dinero, ni «condecoraciones, ni suscripciones de libros. TODO LO «QUE YO QUIERO ME LO HA DADO YÁ EN PARTE: ES «HACER PEDAZOS CON SU GRANDE Y HEROICA RESIS- «TENCIA EL ORDEN DE COSAS QUE FORMABA LA RUINA «DE MI PROPIO PAIS; y para lo venidero todo lo que «quiero de él es que abrace una política tendente á «buscar en una liga estrecha con el nuevo orden de «cosas que represente los verdaderos intereses argenti- «nos, la seguridad y garantía respectiva de los dos países, «CONTRA LAS AMBICIONES TRADICIONALES DEL BRA- «SIL Y BUENOS AIRES RESPECTO DE LOS PAÍSES IN- «TERIORES EN QUE HEMOS NACIDO ÉL Y YÓ».

(1) Traducimos: «La traición contra los Estados-Unidos consistirá solo en levantarse en armas contra ellos, ó en adherirse á sus enemigos dándoles auxilio y facilidades».

A esto se contestó que no probaba la traición á la república Argentina porque solo Buenos Aires y el Brasil eran el objeto de su ódio!

Hasta 1880 permaneció Alberdi en Europa habiendo explicado seis años antes á sus amigos del Plata los motivos que le retenían desterrado, lejos del círculo de sus correligionarios, en un folleto publicado en París. Llegó á Buenos Aires elegido senador por Tucumán en momentos que aquella se preparaba á resistir las imposiciones del gobierno nacional, defendiendo según lo entendía, los derechos federales de los Estados que componen la república, y visitó al gobernador Tejedor en su despacho para felicitarle por su actitud lo que hizo suponer por un momento que había modificado sus ideas, suavizado sus ódios á Buenos Aires (1). Declarada la guerra, quedó Alberdi dentro del recinto de la ciudad sitiada con la fracción de diputados al congreso que negaron su apoyo al presidente de la república. Pero vencida Buenos Aires encontró fácil acomodamiento con el adversario redactando y publicando, costeada por el erario nacional, su obra «*La república Argentina consolidada en 1880 con la ciudad de Buenos Aires por capital*», que consideraba su autor como segunda mitad complementaria de las «*Bases*» publicadas en 1852.

Fué candidato del gobierno nacional en 1881 para desempeñar la legación argentina en Francia pero atacado enérgicamente en «*La Nación*» y otros importantes periódicos, sintió el vacío á su alrededor y se embarcó

(1) La Defensa de Buenos Aires por Carlos Tejedor—pág. 94, 130 y 131—1881.

para Europa donde falleció el 19 de Junio de 1884 (1). Dos años después el congreso de la nación autorizó al P. E. para invertir hasta la suma de diez mil pesos en la impresión de las obras inéditas y publicadas del doctor Alberdi cuyo encargo fué cometido á los señores Bilbao y O'Connor.

Sus restos fueron reimpatriados en Junio de 1889 con extraordinarios honores decretados por el presidente de la república, doctor Juarez Celman, pero, justo es decirlo, recibidos friamente por parte del pueblo. «Ante la tumba de Alberdi», decía el director de *El Diario* cuya imparcialidad al respecto no puede ponerse en tela de juicio, «la gratitud nacional ha hablado por los labios de oradores entusiastas. El encomio ha ofuscado en muchos la razon serena. La crítica ha callado. Se han hecho panegíricos fúnebres pero no se han pronunciado las grandes oraciones que son como el juicio de la posteridad sobre la obra del hombre que ha vinculado su acción á la acción colectiva del país y de sus hombres representativos.» «Ha faltado á la cita la voz autorizada de nuestros grandes oradores, y la figura de Alberdi se destacará mejor en las páginas del libro que estudie sin entusiasmos excesivos y sin rencores importunos su gran papel en el génesis institucional argentino».

Alberdi fué miembro corresponsal del instituto his-

(1) El Dr. Alberdi había aceptado el empleo de comisario general de inmigración en Europa, pero á principios de 1884 lo renunció por el mal estado de su salud, en razon de lo cuál el presidente de la república, general Roca, solicitó del congreso nacional una pensión vitalicia en su beneficio de cuatrocientos pesos moneda nacional mensuales, en atención á los valiosos servicios que prestára al país.

tórico, de la sociedad geográfica y de la zoológica y de aclimatación de Francia; de la de economistas de París, de la academia de la historia de Madrid; de la sociedad geográfica de Berlin y de la real academia española.

A más de las obras á que hemos hecho referencia en el curso de estos rápidos apuntes, es autor de las siguientes: Colección de artículos literarios y de costumbres publicados en diversos periódicos de Montevideo; «La revolución de Mayo», crónica dramática en cuatro actos, que al decir del general Mitre, tiene en el fondo más verdad histórica de la que su forma caprichosa haría suponer; Proceso de don Fábio J. Mainez; Alegato de defensa de José León; Certámen poético; El gigante Amapolas; Sobre la nueva situación de los asuntos del Plata; El Eden; Veinte días en Génova; El general San Martin en 1843; Biografía del general Manuel J. Bulnes; Defensa de «El Mercurio» de Valparaiso; Defensa de José Pastor Peña; Los americanos ligados al extranjero; Sí y nó, acerca de la controversía ultramontana ó trasandina; Acción de la Europa en América; Legislación de la prensa en Chile ó sea manual del escritor, del impresor y del jurado; De la magistratura y sus atribuciones en Chile; La república argentina 37 años después de la revolución de Mayo; Manual de ejecuciones y quiebras; Carta sobre los estudios convenientes para formar abogados con arreglo á las necesidades de la sociedad actual en sud-América; Estudios políticos; Exámen de las ideas del señor Frias; Cartas sobre la prensa y la política militante de la república Argentina; Terroristas de la prensa; El delito en la polémica; Rec-

tificaciones; Enmienda honorable; Extracto de cartas de Sarmiento á Alberdi; Sistema económico y rentístico de la confederación Argentina según la constitución de 1853; Elementos de derecho público provincial; De la anarquía y sus dos causas principales, del gobierno y sus dos elementos necesarios, con motivo de su reorganización por Buenos Aires; La diplomacia de Buenos Aires y los intereses americanos y europeos en el Plata; El imperio del Brasil ante la democracia de América; Las disensiones de las repúblicas del Plata y las maquinaciones del Brasil; Los intereses argentinos en la guerra del Paraguay con el Brasil; Crisis permanente de las repúblicas del Plata; Intereses, peligros y garantías de los estados del Pacífico en las regiones orientales de la América del sud; La apertura del Amazonas y la clausura de sus afluentes; las dos guerras del Plata y su filiación en 1867; Dos políticas en candidatura para el gobierno de la república Argentina; Proyecto de código civil para la república Argentina; Viaje y aventuras de la *Verdad* en el nuevo mundo; La vida de William Weelwright; La omnipotencia del Estado es la negación de la libertad individual; y los escritos póstumos de que van publicados cinco volúmenes: Estudios económicos; El crimen de la guerra; Política exterior de la república Argentina; Del gobierno en sud-América según las miras de su revolución fundamental; y Belgrano y sus historiadores—Facundo y su biógrafo, faltando ocho volúmenes más en vías de ser editados.

En las sesiones de Agosto de 1894 en la cámara de diputados de la nación, el representante de Corrientes

doctor Manuel F. Mantilla, se opuso á que el gobierno subvencionara la publicación de estas últimas, atribuyéndose entonces á parcialidad política su actitud. Las obras fueron editadas, y el último volúmen «ha escandalizado á nuestro reducido mundo literario» según la expresión de uno de sus admiradores, el conocido doctor Ernesto Quesada, que el 4 de Agosto del corriente año en un precioso trabajo publicado en «El Tiempo» pedía piedad para la memoria del autor, olvidando que no tiene derecho á esperarla quien no la tuvo para sus mas distinguidos conciudadanos ni para su patria conflagrada en una doble contienda civil y estrangera.

Otro escritor de nota, don Paul Groussac, admirador tambien de Alberdi, ha dicho últimamente en un juicio de sus obras póstumas: «Llevado de su apasionado prejuicio contra Sarmiento y el general Mitre, Alberdi desmenuza sus obras, oponiendo una negación á cada afirmación, sin reparar en los absurdos á que puede conducirle tal sistema. Desconoce el caracter de la revolución, las circunstancias que esplican la actitud monarquista de sus próceres, los móviles de la conducta de los hombres y la lógica de los acontecimientos; instituye paralelo entre Francia y Moreno, justificando al primero y atribuyendo al segundo propósitos netamente federales, que ni de sus obras, ni mucho menos de sus actos se desprenden, etc. etc. Sin negar en absoluto que algunas verdades salten de tantas paradojas entrechocadas, como las chispas de las piedras arrojadas en una lapidación; lo que abunda, lo que pulula en esas páginas rencorosas, es el desmentido gratuito, el error voluntario, la dialéctica

chicanera, la insinuación malévola, la estéril denigración. ¡Triste musa inspiradora es esta Némesis de Alberdi, para que le haya arrebatado de golpe su agudeza y lucidez de espíritu! Obcecado por el odio, pierde todo discernimiento y hasta toda memoria, pues ciertas objeciones tuyas á la esencia del *Facundo*, no solo frisan en inepticia, sino que destruyen sus propios y más celebrados aforismos.

«Niega la profunda verdad de la obra maestra, condensada en un título tan feliz que, como otra vez dijimos, equivale á una definición: no es cierto para Alberdi que la campaña argentina, es decir el desierto, fuera la barbarie, ni tampoco que la ciudad (*civitas, civilitas*) fuera la civilización: ¡y esto sostiene quien apoyó su mejor obra sobre este principio: *gobernar (ó sea civilizar) es poblar!*»

«Aunque fueran exactas todas las rectificaciones formuladas contra la *Historia de Belgrano* y el *Facundo*, no representarían en conjunto sino la crítica negativa de dichas obras. Esa crítica de los defectos es útil y necesaria, pero queda el juicio mutilado é injusto si no se completa con la crítica de los méritos. De esta no hay vestigio en la presente «ejecución» y por eso pasará desapercibida, como el desahogo personal de rencores que comienza á olvidarse.

«El lector vulgar sacaría de esa lectura tediosa la convicción de que la *Historia de Belgrano* es un cúmulo de errores propios del autor y de ideas sugeridas por Lamas, y que el *Facundo* es la grosera rapsodia de algún «Chacho» de la literatura; la impresión de un lector más culto podría ser que Alberdi no conocía la historia

patria, ni tenía gusto ni sabía escribir. No necesitamos demostrar que ambos juicios serían igualmente absurdos: Mitre y Sarmiento permanecen en su puesto, después de la sátira sin alcance; Alberdi queda como autor de las *Bases*, á despecho de sus obras póstumas.

«Pero será su expiación ante las gentes—acaso inmerecida si no destinó estas páginas á la publicidad—el que su rudo ataque deponga contra él mucho más que contra los atacados, y que nosotros, sus admiradores sinceros, tengamos que lavar su frente luminosa de la mancha de barro con que el mismo se salpicó. (1)»

Pero no nos hemos detenido á considerar estas obras porque en ellas haya trazado páginas procaces contra determinadas personalidades nacionales contemporáneas, Mitre y Sarmiento, por ejemplo: lo hacemos porque ha herido hondamente nuestros sentimientos cívicos, nuestras afecciones más sagradas, pretendiendo ensuciar los colores de nuestra bandera, enlodar la memoria de nuestros próceres más gloriosos y puros y desmentir la acción eficiente del heroico esfuerzo argentino no solo en pró de la libertad de gran parte de la América del sud sinó de la república Argentina misma!

Si de sus páginas fuéramos á entresacar la prueba de lo que decimos tendríamos que transcribir el libro todo: copiaremos una pequeña parte de la que dedica á San Martín, ya que no salen mejor librados Rivadavia, Belgrano y otros, pues este escritor argentino solo tiene aplausos para Francia y López del Paraguay, para Bolívar de Colombia, para Carrera de Chile, etc.

(1) «La Biblioteca,» año II, N.º. 12.

«San Martín no era génio sinó entre mediocridades. «En *veinte años de servicio* militar en España, en una época célebre, apenas alcanzó al grado de *teniente coronel*: tres años de cadete, siete de teniente, tres de capitán, llenaron casi toda su carrera militar en España. En Buenos Aires una lógia de que él era miembro influyente, según Mitre, lo hizo *general*.

«Para calificarlo de superior á Belgrano, era preciso que hubiera hecho lo mismo que este no pudo hacer.

«Empleó cinco años, sin embargo, y tuvo á su servicio los medios de *Chile y del Perú*, y ni así consiguió arrebatar á los españoles las cuatro provincias argentinas del Alto Perú, que Belgrano no pudo libertar. ¿Dónde está entónces el génio de San Martín? En qué pasó cañones á través de los Andes? Por eso sería otro *Anibal*? Comparaciones pueriles. Desde la conquista los españoles tenían dominados á los Andes como á carneros. Hacía cerca de tres siglos que Pedro de Valdivia atravesó esas cordilleras para conquistar á Chile, y que Hurtado de Mendoza, las repasó en sentido contrario para fundar á Cuyo. Baste decir que por dos siglos fué Cuyo provincia de Chile, siendo los *Andes* su límite doméstico y municipal. (1)

(1) No podemos sustraernos al deseo de recordar á nuestros lectores después de este juicio de Alberdi respecto del paso de los Andes, el que ha merecido, ántes y después del suyo, aquella gigante operación estratégica á los siguientes autores extranjeros: Gervinus, «*Histoire du XIX siecle*»; Villamartin, «*Nociones de arte militar*»; Torrente, «*Historia de la revolución hispano-americana*»; García Camba, «*Memoria para la historia de las armas españolas en el Perú*»; Carlyle, «*El Dr. Francia*»; Barros Arana, Mackena, Miller, Bulnes, Lamas, Baronesa de Wilson, Paz Soldan, Cortés, Amunátegui, Bauzá, etc.; es decir: franceses, espa-

«Insiste Mitre en que San Martín fué el hombre de *iniciativa y propaganda*.

«Dónde está la iniciativa de San Martín? Vino á América y tomó el servicio de su causa el año 12, dos años después de iniciada la revolución en 1810, por Belgrano (1). Pasó á Chile en 1817, siete años después de la revolución de 18 de Octubre de 1810 contra España. Venció en *Chacabuco y Maipo* cinco años después que Belgrano venció en *Tucumán y Salta*.

«Pasó al *Perú* en 1821, ocho años después de la revolución del *Cuzco* y de *Tacna* contra los españoles. Llegó su tropa hasta el Ecuador, años después de la revolución de *Quito*.

«Si nó fué el que inició la revolución tampoco le tocó acabarla, pues fueron Bolívar y Sucre los que, en 1825, echaron á los españoles de las provincias argentinas, y del Callao en 1826. San Martín había ocupado á Lima abandonada por la Serna.

«No pretendo apocar el mérito de San Martín, sinó dejarle su verdadera talla, y dar á las causas reales que libertaron la América, la parte que la falsa historia les arrebató para darla á hombres que no necesitan de esa usurpación para ser dignos de gratitud y de respeto por sus buenos servicios.

ñolés, alemanes, ingleses, chilenos, peruanos, ecuatorianos, uruguayos, etc. Solo recordamos, por excepción, en este concierto de opiniones honrosas al gran capitán, un argentino y un chileno: Alberdi y Santa María!

(1) Movimiento que en la página 37, le merece este juicio: «En la revolución del 25 de Mayo de 1810, contra el Virrey, *en que tomó parte el Virrey mismo*, no se quemó un grano de pólvora, sino la de las salvas»

«Fué fortuna para Chile que la revolución argentina tuviera que buscar en su territorio el camino que debía llevarla á la libertad de las cuatro provincias argentinas del norte. Pero si San Martín hubiera faltado, Chile no habría carecido de libertadores, y en el Perú mismo hubiese sido reemplazado como lo fué, en efecto, por Bolívar. Su ausencia no perjudicó más que á la república Argentina, á quien le costó cuatro provincias; pero la revolución de América fácilmente le dió, no uno sino muchos suplentes; trás de Bolívar, Sucre, trás de Sucre, Córdoba, que fué quien casi obtuvo toda la victoria de *Ayacucho*.

«Ningun hombre es necesario en este mundo cuando la Providencia ha creado la necesidad de un gran cambio. Si, como en Chile, se hubiese abstenido en el Perú de mezclarse en el gobierno local y hubiese conservado solo la alta dirección militar, ni él, ni Monteagudo, su ministro, se hubieran hecho impopulares hasta tener que alejarse.

«A Chile le habrían sobrado igualmente los libertadores, y, sin San Martín, repito, no habría tardado en ser libre por los Carrera. Esos sí que eran el génio de la acción y de los recursos. Nada menos fueron que mártires de su impaciencia de acción liberal y patriótical

«Figuras llenas de originalidad, ornato poético, pintoresco y melancólico de la historia americana, los Carrera recibirán el rango que les toca en los recuerdos simpáticos de la historia agradecida, el día que la verdadera historia reemplace á los cuentos forjados por las pasiones palpitantes todavía en los descendientes de la generación pasada.

«Se les reprocha el crimen de haber sido idolos del pueblo; y son los republicanos, nó los realistas, los que tal acusación les hacen! Los castigaron por *sediciosos é indisciplinados*, los que cifraban su gloria en haberse sublevado contra una autoridad de tres siglos! El día que un poeta, es decir, un poeta como Byron, señor ó milord, y nó lacayo, visite esas regiones y recoja de sus crónicas y leyendas los tipos de la epopeya americana, no serán los Carrera los menos apreciados (1)».

Basta!

Y después de esto ¡que sean manos argentinas las que recorran el lienzo que aún cubre el monumento levantado á su memoria en la necrópolis de la capital argentina!

(1) Escritos póstumos de J. B. Alberdi—Belgrano y sus historiadores pág. 215 y siguientes—tomo V. 1897.
